

## Dinamización comunitaria y exclusión social

### Community revitalization and social exclusion

María del Pilar Castillo García<sup>1</sup> y Juan Antonio Miralles Ortega<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Fundación CEPAIM; <sup>2</sup> Almería Acoge

[pilarcastillo@cepaim.org](mailto:pilarcastillo@cepaim.org), [almeriaacoge@almeriaacoge.org](mailto:almeriaacoge@almeriaacoge.org)

**Resumen.** El artículo recoge la experiencia de dinamización comunitaria en un contexto específico de fuerte exclusión social y alta presencia de diversidad cultural. El modelo de intervención se basa en la educación de calle, el empoderamiento de vecinos y vecinas y el acompañamiento de procesos de toma de conciencia, organización grupal y dignificación del entorno para promover la convivencia y recuperar la dignidad expropiada a las personas excluidas.

**Abstract.** The article describes the experience of community revitalization in the specific context of strong social exclusion and cultural diversity. The intervention model is based on street education, empowerment of the neighbors and accompanied by awareness processes, group organization and dignifying the environment to promote coexistence and restore expropriated dignity to excluded people.

**Palabras clave.** Vecinos/vecinas; dinamización comunitaria; exclusión social; barrio/gheto; dignificación; convivencia; participación.

**Keywords.** Neighbors; community revitalization; social exclusion; neighborhood/ghetto; dignifying; coexistence; participation.

*Había lisiados, cojos, mancos... ¡Vamos! dijo Roberto. Qué pocas caras humanas hay entre los hombres... Es curioso ¿verdad? Todos los gatos tienen cara de gatos, todos los bueyes tienen cara de bueyes; en cambio, la mayoría de los hombres no tienen cara de hombre*  
Pío Baroja, *La busca*

Uno no llega hasta el final de la línea 6 de autobús de Almería intencionadamente, a no ser que vaya a El Puche. Ni siquiera si trabajas en el Sector 20, el polígono industrial que hay detrás del barrio, puedes llegar en el autobús; la última parada está antes, sobre todo si son más de las seis de la tarde. Hace tiempo ya que no pasa del antiguo barracón que hacía de parroquia en el que ahora Cáritas reparte bolsas de comida los miércoles por la tarde, porque, si el autobús se mete en El Puche Norte, corre el peligro de que los chavales rompan los cristales a pedradas.

Cuando faltan tres o cuatro paradas para el final de la línea comienza el Puche, deja atrás la *frontera Sur*, la rotonda del Estadio, y entra por la Avenida Mare Nostrum. A la derecha los bajos, pequeñas tiendas mayoritariamente de marroquíes, barberías, bares, casas..., y debajo lo que debían ser cocheras pero se han convertido en pequeñas viviendas en pésimas condiciones y peor ventilación. Detrás, el laberinto de escaleras que un par de veces al año el ayuntamiento fumiga para acabar con la plaga de pulgas. En la acera, grupos de hombres parados en todos los sentidos de la palabra, o con algún carro vacío o lleno de chatarra, mujeres con velo o sin velo, con chilaba o no, con niños pequeños.

A la izquierda, solo la nueva iglesia con la puerta hacia el otro lado, después el instituto del barrio. Si nos fijamos, habremos visto algunos contenedores de basura, sin tapa, claro, al principio; y como únicas papeleras en todo el trayecto, los huecos que quedan en lo que en algún tiempo debieron ser pequeños ajardinamientos a lo largo de la acera.

Parada y llegamos al Puche Centro. A la derecha, el colegio y lo que queda de las pequeñas casas de planta baja con calles estrechas llenas de gente sentada en la puerta, buscando el fresco o huyendo de la gran humedad interior; salvo que haya llovido, porque entonces las callejas se llenan de charcos y barro. A la izquierda, las nuevas casas en las que realojaron a quienes vivían en las que fueron derribadas, con sus preciosas puertas metálicas que tanto recuerdan a cualquier módulo de El Acebuche (la prisión provincial), repletas de ropa tendida, de lavadoras o frigoríficos o simplemente convertidas en almacenes de chatarra. El paisaje cambia un poco a la derecha, un recinto cerrado guarda la sala de barrio, las oficinas de los servicios sociales comunitarios que se abren para la atención dos mañanas a la semana, el local de la asociación de la tercera edad..., y a continuación, las oficinas de la Agencia de Vivienda y Rehabilitación de la Junta de Andalucía y el Centro de Salud.

Si ha anochecido, veremos que en esta avenida, y hasta aquí, no andamos tan mal de farolas; otra cosa es adentrarse en las calles, pero, total, solo las utilizan quienes viven aquí y ya las conocen. Al fondo, a todo lo largo, el muro de hormigón que resguarda del cauce del río Andarax con abundante basura y, de vez en cuando, con algo parecido al agua fruta de vertidos río arriba: *la frontera este*.

Y por fin, ya a pie, porque el autobús da la vuelta (recordemos que ya ha anochecido), entramos a El Puche Norte o los pisillos, edificios con el bajo y tres plantas sin ascensor, cuatro viviendas por planta, con pequeñas y desiertas plazoletas entre cada cuatro edificios. Si necesitas tirar algún papel, no encontrarás tampoco aquí papeleras, pero hay dos contenedores sin tapa al final del Puche Centro y otro junto al muro del río al fondo, y luego está el hoyo que han hecho con un tractor para tirar la basura junto a un par de edificios que parecen bombardeados, ya la recogen de vez en cuando con el mismo tractor, menos lo que haya esturreado el viento, o los niños, los perros o las gaviotas...

A la izquierda, un poco más allá, la vía del tren, *la frontera oeste*, con su paso a nivel con barreras de los de toda la vida, en el que siempre habrá una fila de coches intentando aclarar a quién corresponde pasar primero uno de esos cruces con tres señales de stop que siempre caían en el teórico del carnet de conducir, y siempre con gente, sobre todo mujeres y niños que van o vienen del vecino barrio de Los Molinos.

Y al final, detrás de los barracones prefabricados de chapa metálica que acogen a treinta y dos familias de los dos edificios cerrados (los bombardeados), a las que se realojó para seis meses hace más de tres años, la valla que separa del polígono industrial, el Sector 20, *la frontera Norte*.

## Fronteras que construyen guetos

Pudiera parecer que los guetos son cosa del pasado, pero, si miramos a nuestro alrededor, un poco más allá del centro de la ciudad y los barrios adyacentes, nos encontramos con sorpresa que existe otro mundo en el que las personas sobreviven trabajosamente. El diccionario dice que un gueto es un “barrio o suburbio en que viven personas marginadas por el resto de la sociedad”; también la “situación o condición marginal en que vive un pueblo, una clase social o un grupo de personas”. El Puche es uno de esos guetos.

Efectivamente, en nuestras ciudades hay barrios que están segregados espacialmente de la ciudad, aislados de ella o con accesos difíciles, como el que hemos descrito al inicio del presente artículo. Son barrios abandonados por las administraciones públicas, en los que las leyes y procedimientos que rigen en el resto de la sociedad no funcionan. Son barrios en los que se han ido amontonando los desechos humanos que la sociedad no quiere tener cerca, así de crudo. La exclusión viene marcada no solo por la falta de oportunidades que sus habitantes han tenido en cuanto al acceso a la educación (son muchas las personas mayores que no saben leer ni escribir y los índices de absentismo y fracaso escolar son muy altos), o por la falta de acceso a un trabajo normalizado, sino también por su origen (población inmigrante) o por su etnia (población gitana).

El ser humano aprendió desde muy pronto a resguardar lo suyo de los demás, y por eso construyó fronteras. En la actualidad, existen miles de kilómetros de fronteras: hemos levantado grandes muros y alambradas desde Asia hasta América, pasando por Europa. Las fronteras se justifican siempre por lo mismo, por defender lo que no queremos compartir con otros. Intentamos así excluir de nuestras sociedades a los pobres, a los que no son como nosotros, a los que tienen otro color de piel o hablan diferente; son fronteras que hacen daño, en las que muchas personas se dejan literalmente la piel y la vida; pero lo más terrible es que estas fronteras no solo están a las puertas de nuestros países, sino en nuestras ciudades, dejando fuera de la sociedad a barrios enteros; y también están en nuestros corazones, aislando y dejando en la cuneta de nuestras vidas a muchas personas porque son diferentes.

“Lo mismo perpetuas  
que provisionales,  
me envuelven fronteras  
por todas mis partes.”

Silvio Rodríguez, *Fronteras*

Esta es la sensación que tienen los habitantes de estos barrios-gueto.

Sobre estas fronteras que nos dividen, pero también del trabajo que se puede hacer para superarlas, es sobre lo que trata el presente artículo.

Buscando romper el aislamiento de barrios marginales en los que la presencia de personas migrantes se intuía como factor importante en la situación del barrio, la Dirección General de

Integración de los Inmigrantes, dependiente del Ministerio de Trabajo e Inmigración, y la Consejería de Empleo de la Junta de Andalucía, propusieron a Almería Acoge liderar el desarrollo del “Plan piloto de actuación integral en zonas de Andalucía con presencia significativa de población inmigrante”. Hasta entonces, Almería Acoge se había centrado casi exclusivamente en el trabajo con la población inmigrante, pero comprendimos que no era posible una integración real sin el trabajo con toda la comunidad, con todo el barrio, y aceptamos el reto con la colaboración estrecha y el trabajo en común de la Fundación Cepaim.

Para el equipo de educadoras y educadores y expertos en mediación intercultural y comunitaria que se configuró desde el proyecto, este supuso iniciar un camino nuevo sobre el trabajo de dinamización en barrios marginales. Como siempre que se inicia un camino nuevo, necesitábamos anticiparlo, soñarlo, y la poesía de Gioconda Belli, “Los portadores de sueños”, nos inspiró el nombre y la orientación inicial. Los primeros versos comienzan diciendo:

“En todas las profecías  
está escrita la destrucción del mundo.  
Todas las profecías cuentan  
que el hombre creará su propia destrucción...”

Gioconda Belli, *De la costilla de Eva*

Cuando conocimos los barrios-gueto en los que íbamos a trabajar, nos pareció que, efectivamente, las profecías se estaban cumpliendo: para las personas que viven en ellos, el mundo es un lugar hostil y desolado, lleno de basura y problemas; sin embargo, la poesía continua recordando que:

“...los siglos y la vida  
que siempre se renueva  
engendraron también una generación  
de amadores y soñadores,  
hombres y mujeres que no soñaron  
con la destrucción del mundo,  
sino con la construcción del mundo...”

Gioconda Belli, *De la costilla de Eva*

Ése era el papel que queríamos tener: ser los portadores de sueños, los hombres y mujeres que soñaran con la construcción del mundo y no con su destrucción. Este también suele ser el problema de las personas que trabajan con entusiasmo para mejorar la vida y el entorno de otras personas, que se olvidan de que los “sueños” no son suyos, que hay que “soñar” con los vecinos y vecinas de los barrios, que son ellos y ellas las que tienen que tomar las riendas de sus vidas y del entorno en el que viven sus familias. A partir de esta reflexión empezamos a trabajar en la construcción de “sueños” colectivos.

Pero no es tan fácil. No podemos obviar que una de las características de las personas en situación de exclusión social es la pérdida de destrezas, de autoestima, de capacidades... Descubrimos con sorpresa que los vecinos y vecinas habían sido desposeídos de su capacidad de "soñar". Sin estudios, sin formación, con trabajos tan marginales como sus vidas, y desde el individualismo salvaje que les ha enseñado a pensar solo en sí mismos, a depender solo de sí mismos y a sospechar de todo el que no es de su familia, de su entorno o de su cultura. No creían en su capacidad de organizarse colectivamente, de reflexionar sobre lo que querían para sí mismos y sus familias, y de tener las habilidades y la determinación suficiente como para hacerlo realidad.

"...el que no tiene ojos para soñar  
no ve los sueños ni de día, ni de noche."

Gioconda Belli, *De la costilla de Eva*.

El lugar donde vivimos, el urbanismo que nos rodea, nos conforma como personas de manera que, cuando alguien vive en un espacio deteriorado, termina no sintiéndose nadie; cuando se vive entre basura, termina sintiéndose basura; cuando una persona vive marginada, termina teniendo comportamientos marginales; cuando una persona ha perdido su capacidad de soñar, termina pensando que no se puede hacer nada por cambiar su vida o su entorno, que un ciego destino los ha dejado para siempre condenados a vivir en esas condiciones y no hay nada que se pueda hacer para cambiar su "suerte", como expresan en muchas ocasiones los vecinos y vecinas.

Desde este marco inicial empezamos la lenta andadura de ir caminando al lado de los excluidos de la sociedad, los habitantes de los barrios-gueto, primero en la conquista de su propia autoestima, recuperando su capacidad de soñar y realizando aprendizajes en torno al trabajo cooperativo y la convivencia entre culturas diversas.

### Construir redes para romper fronteras

Desde nuestra experiencia de trabajo, para conseguir éxito en la intervención, es necesario trabajar tejiendo una red de acciones diversas que aborden desde distintas perspectivas y enfoques los temas fundamentales para la mejora personal y comunitaria de los barrios-gueto: la dignidad de la persona, la convivencia interétnica y la mejora del entorno, construyendo, a modo de una "tela de araña", un entramado de actuaciones que supongan realmente la transformación de estos barrios.

Por otro lado, es fundamental entender que la trama de la red la conforman prioritariamente los vecinos y vecinas del barrio, pero es necesario trabajar con todos los sectores de población: con hombres y mujeres, jóvenes, adolescentes y niños/as, inmigrantes y autóctonos, payos y gitanos.

Entendemos, por lo tanto, que en un trabajo de dinamización comunitaria en cualquier parte, pero especialmente en zonas en las que predomina la exclusión social, es imprescindible

que los y las protagonistas de cada uno de los pasos que se den, de la planificación, desarrollo y evaluación de las acciones, sean los propios vecinos y vecinas de los barrios, y no solo los que ya están organizados, que normalmente son una minoría, sino las personas en general que los habitan. Para nosotros, no son, por tanto, las organizaciones o instituciones, los educadores o las dinamizadoras quienes deben hacer las propuestas y ofertar soluciones, sino quienes deben animar, acompañar y dotar de herramientas para que los vecinos y vecinas logren empoderarse y tomar las riendas de sus vidas y de su entorno. Esto, por supuesto, no es un trabajo de unos meses, ni siquiera de unos años; es un proceso a largo plazo, con avances, parones e incluso retrocesos. Pero lo importante del equipo que trabaja con los y las vecinas es no desanimarse, seguir estando presentes en la vida del barrio y tener capacidad de escucha, de observación, y mucha creatividad para abrir nuevas puertas cuando algunas parecen cerradas o que no llevan a ninguna parte, para seguir tejiendo hilos y reparando los que se han ido rompiendo. En el equipo siempre decimos: “el día que estemos cansadas, que no creamos en los cambios que pueden lograr los vecinos y vecinas, el día que hagamos las cosas por rutina, sin entusiasmo ni creatividad, ese día ya no seremos útiles, ese día tendremos que dejar el trabajo en el barrio”.

Explicar en unas líneas el complejo entramado de la “tela de araña” que construimos en el trabajo de dinamización comunitaria es complicado, y por ello solo vamos a explicar algunos de los hilos que conforman esta red para que sirvan como ejemplo del trabajo realizado. De la urdimbre de la tela de araña vamos a poner dos ejemplos de hilos principales que a su vez se entretrejen con otros secundarios:

### La calle como lugar de trabajo

Las ciudades han perdido mucho de lo que era la vida en la calle. Solemos ir deprisa de un lado a otro, y en ellas hay parques y paseos en los que jugar y caminar, sentarse a ver pasar a otros viandantes, charlar con los amigos y amigas, etc. Pero todo está muy “urbanizado”, muy “domesticado”, y muchas veces lejos del lugar donde vivimos. En los barrios marginales, estos espacios no existen o están muy deteriorados, pero la calle sigue siendo un espacio muy vivido por sus habitantes. Cuando hace buen tiempo, salen a las puertas de sus casas o de los edificios en los que viven y, bien en los trancos o en sillas, se sientan a tomar el fresco o el sol dependiendo de la época del año. También es un espacio para los/as niños/as que juegan en las calles y en las plazoletas sucias. Por ello, nuestro lugar de trabajo no puede ser el despacho o la oficina, aunque en estos nos sintamos más cómodos, más protegidos; la calle en estos barrios es uno de los espacios privilegiados para el encuentro con los y las vecinas, un lugar donde tomar el pulso de lo que pasa en el barrio, en el que empezar a crear lazos con sus habitantes, iniciar con ellos, en corrillos informales, pequeños análisis de su realidad: cómo ven sus vidas, su barrio, sus hijos/as, cuáles son sus miedos y, por fin, también atreverse a expresar cuáles son sus “sueños”. Este es el punto de partida que permitirá construir otros hilos del entramado como, por ejemplo, el trabajo comunitario de mejora del entorno, que desarrollaremos un poco más adelante.

También la calle es el espacio en el que aprender a dialogar y tomar decisiones. Al principio, el equipo pensó que lo ideal y lógico era solicitar un local para reunirse con los y las vecinas; pronto descubrimos con asombro que resultaba muy difícil conseguir que vinieran a una reunión en un local. ¿Por qué? ¿Qué ocurría? De nuevo, las fronteras. Éstas no solo están en las puertas de nuestros países, o en las afueras de nuestras ciudades separando a unos barrios de otros, o en la mente y el comportamiento de gran parte de la ciudadanía que margina a otra parte, sino que están también dentro de los propios barrios-gueto haciendo que a sus habitantes les resulte difícil ir más allá de su calle, de las plazoletas cercanas, de su zona del barrio. En este sentido, el barrio de El Puche tiene muchas fronteras interiores, con prejuicios y estereotipos de los habitantes de unas calles o unas zonas del barrio sobre los de otras. Por eso, que vinieran a reunirse a un local fuera de su espacio era pedirles demasiado.

Fue entonces cuando descubrimos que las reuniones formales se pueden hacer en la calle: con una pizarra portátil o con papel que pegamos en la pared, según el lugar, los vecinos y vecinas aprendieron lo que era dialogar y tomar decisiones juntos. Algunas personas hasta traían sus sillas para sentarse y al principio de cada reunión se recordaban las “reglas del juego”; es decir, qué íbamos a hacer y cómo lo íbamos a hacer: cualquier persona puede hablar, pero para ello levanta la mano; puedo no estar de acuerdo con lo que ha dicho otra, pero no nos chillamos ni nos insultamos. Después de un rato de lluvia de ideas, pasamos a la toma de decisiones: qué pasos se van a dar, cómo y cuándo darlos. Todo esto se ha ido recogiendo en el papel o en la pizarra porque en la próxima reunión lo revisaremos y seguiremos trabajando sobre los logros y dificultades encontradas.

Ahora saben que cuando hay un problema en el barrio hay que reunirse y dar ideas entre todos, saben que si sólo participan unos pocos no se puede hacer nada y saben que juntos han podido hacer cosas: vídeos reivindicativos denunciando las condiciones penosas del barrio, mejorar la limpieza de algunas zonas, juegos en la calle para sus hijos e hijas, cine de verano en las plazoletas, etc.

Por tanto, el lugar esencial en el que debemos estar los dinamizadores comunitarios, porque es uno de los hilos principales, es la calle.

### Trabajo comunitario de mejora del entorno

Frente al individualismo que nos aísla a unos de otros y nos hace imposible llevar a cabo procesos de transformación, nos hemos esforzado por trabajar con los y las vecinas la importancia de unirse y apoyarse en la mejora de su barrio. Al principio, les resultaba un concepto extraño y se escudaban muchas veces en los prejuicios y la falta de relación, a pesar de la vecindad de unas etnias y culturas respecto a otras: “los gitanos no van a querer participar”, “los moros no van a querer hacerlo”, “conmigo puedes contar, pero con los otros no creo”, “mejor que cada uno hagamos nuestra parte”, etc. Buscamos empezar con algo que para ellos fuera importante, para poder así aprender a trabajar juntos, y luego hemos ido planteándonos retos mayores.

Decidimos así comenzar con lo más cercano, con la mejora de las zonas comunes de los bloques de vecinos: escaleras, fachada y portal, partiendo siempre de las necesidades expresadas por ellos y con un método que hemos mantenido más o menos igual para que su aprendizaje fuera eficaz: verbalización por parte de algunos vecinos o vecinas de una idea, de un sueño; reuniones para planificar el desarrollo de acción y reparto de tareas; implicación y participación colectiva; evaluación y seguimiento de los compromisos de mantenimiento de lo realizado.

Siguiendo este método, procedimos al desarrollo de las distintas actividades: reuniones con los y las vecinas para planificar la actividad, desde decidir los colores hasta el día y la hora en la que se realizará. Es un momento importante porque debe participar al menos un miembro de cada casa, y en algunas ocasiones ocurrió que fue la primera vez que dialogan entre sí y se presentan diciendo cada cual su nombre. Por primera vez, los miembros del bloque, que en la mayoría de los casos son de distintas etnias y procedencias, deciden hacer algo juntos para mejorar su edificio. Puede que no sea suficiente una reunión, porque falta algún representante de una casa o porque no se ponen de acuerdo; no pasa nada, se harán tantas reuniones como sean necesarias hasta que todo esté claro y bien planificado. Después llega el día elegido, normalmente domingo para que si alguien trabaja pueda participar, pero si no hay al menos una persona por casa, no se puede realizar la actividad. Ésta es una de las pocas cosas imprescindibles para que desde el equipo de dinamización comunitaria se aporten los materiales principales, en este caso, la pintura y algunos rodillos, ya que el resto de materiales necesarios los aportan los y las vecinas (cubos, pinceles, fregonas, etc.).

A partir de aquí han ido fluyendo muchas otras acciones de mejora: arreglo y cuidado de plazoletas, creación y cuidado de jardines y huertos urbanos, creación de mobiliario urbano con materiales reciclados (papeleras, algún banco, etc.), pintura y decoración de muros, acondicionamiento de un espacio deportivo, etc., y todas las acciones con el mismo esquema de trabajo.

La mejor evaluación de este proceso ha sido la aceptación e implicación de los vecinos y vecinas, la demanda de otros bloques, otros grupos, otras zonas del barrio para que allí, y con ellos y ellas, comencemos de nuevo el proceso. La mayor satisfacción es que una vecina que no conocíamos nos aborde en la calle y nos diga en su propio lenguaje: “que nosotras también nos queremos reunir, que nuestra casa, nuestra calle, nuestros niños... también están muy mal”. Incluso la forma de actuar como tal también ha sido comprendida por los y las vecinos. Cuando alguien nos demanda en plena calle una lata de pintura y otra vecina les responde “ellos no funcionan así, tenéis que aprender a organizaros”, es que la raíz misma de la intervención está siendo entendida por las propias personas participantes.

Sobre el papel parece sencillo, pero no siempre lo es. Para el arreglo de algunos bloques, hemos llegado a tardar más de un año desde que se inició el proceso de reuniones hasta que han sido capaces de ponerse de acuerdo y llevar a cabo la tarea. Algunas veces, los vecinos y vecinas se han desanimado y no han continuado con el mantenimiento de algunas zonas, pero lo que sí constatamos después de seis años de trabajo es que la metodología



va arraigando y lentamente vemos avances en la mejora de estos barrios-gueto: se ha intervenido en arreglos en siete bloques de viviendas; se han limpiado y arreglado de forma colectiva tres calles, se han recuperado dos plazoletas y un espacio deportivo, se han ajardinado dos zonas, se han recuperado para la convivencia dos espacios-vertedero, etc. Y todo ello con la participación de payos y gitanos, inmigrantes y autóctonos, desde y para la convivencia y la recuperación de la dignidad de vecinos y vecinas.

Los pequeños logros, por pequeños que sean, son muy importantes en este proceso de conquistar o devolver la dignidad y el protagonismo a los vecinos y vecinas, que es el principio del fin de la exclusión. Como dice Saramago en su *Ensayo sobre la ceguera*, “organizarse es empezar a ver un poco”.

### Historia editorial

**Recibido:** 22/04/2015

**Aceptado:** 27/04/2015

**Publicado:** 6/05/2015

### Formato de citación

Castillo García, María del Pilar, y Miralles Ortega, Juan Antonio (2015). Dinamización comunitaria y exclusión social. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 5(1), 159-167. [http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/castillo\\_miralles](http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/castillo_miralles)



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

